

El estilo adictivo de las civilizaciones actuales

Manuel Fernández Blanco

En el centro de la civilización global está la droga

El título que di, inicialmente, para mi intervención en estas Jornadas apareció modificado en el programa. Ligeramente modificado, hay que decirlo. Yo había dado como título “El estilo adictivo de la civilización actual” y encontré en el Programa de las Jornadas “El estilo adictivo de las civilizaciones actuales”.

Quería hablar de la civilización en la que vivimos, la llamada civilización occidental, pero, sin esperarlo, me encontré introducido no sé si en la alianza o en el choque de civilizaciones en cuanto a las adicciones se refiere.

La civilización occidental se puede definir, en palabras del psicoanalista francés Eric Laurent, como la sociedad del hedonismo conformista de masa. Al menos del sueño del hedonismo, porque los psicoanalistas sabemos que el hedonismo es un sueño y produce fenómenos como el narcocapitalismo. También en el otro polo, si hablamos de civilizaciones, vemos como los talibanes se financian con el cultivo de la amapola y la exportación del opio, de la misma manera que la guerrilla colombiana se financia con el tráfico de cocaína.

Encontramos, entonces, a las drogas como el denominador común de modelos de civilización muy diferentes. En el centro de la civilización global, al margen del modelo, están las drogas.

No me extenderé más sobre esto, porque el tema de estas jornadas nos remite (me ha encantado el subtítulo) a “Vivencias, usos y consumos, también de sustancias”. Subrayo el también porque me permite enfocar el tema del estilo adictivo en la civilización y sus consecuencias clínicas.

Universalización de los objetos, soledad del sujeto

Para enmarcar esta problemática, tenemos que hablar de la relación del sujeto moderno con los objetos de consumo, incluidas las drogas. La civilización global se caracteriza por la pasión por los objetos propuestos por la sociedad del mercado. Se trata, en el hedonismo contemporáneo, del goce ininterrumpido (aunque sea el del trabajo, el de la adicción al trabajo). Se trata del ofrecimiento continuo de objetos plus-de-goce (como les

llamamos los psicoanalistas) disponibles para todos y que borran la singularidad.

La paradoja de la universalización del objeto es la soledad del sujeto. Sirva como ejemplo el caso de los hikikomori en Japón. Son 1.200.000 sujetos entre 14 y 30 años. Es decir, en Japón, 1 de cada 10 jóvenes vive recluido en su habitación, en un universo de multiconexión virtual pero evitando las relaciones reales. Es la paradoja de que la interconexión universal, múltiple e instantánea, puede ir de la mano del aislamiento y de la soledad. Los hikikomori son la expresión más radical de este fenómeno pero, sin llegar a ese extremo, tenemos los adictos a Internet, los adictos al sexo, los chateadores de la madrugada, los adictos al móvil, los compradores compulsivos, etc.

Dependencia, angustia y depresión

Este modelo de civilización produce un efecto de fatiga (de fatiga crónica, podríamos decir) al quedar capturado el sujeto por los objetos de los que se hace dependiente. La dependencia implica la prevalencia de síntomas más vinculados a la dificultad del destete y de la separación. Más vinculados al narcisismo, más regresivos. La caída de los ideales y el declive de los discursos basados en el Nombre del Padre, conduce a la puesta en primer plano del objeto de goce y la relación de dependencia. Esto explica, entre otras cosas, el incremento de la violencia de género. Los hombres no son más machistas ahora, son más niños, más dependientes. Por eso no soportan el abandono y al acto homicida sigue, en muchos casos, el suicidio.

La civilización oscila entre la angustia porque falta la falta. “No les falta nada, tienen de todo”, dicen nuestros mayores, y el tedio que conduce a la depresión generalizada. Por eso los fármacos más prescritos son los ansiolíticos y los antidepresivos. Si una enfermedad, la depresión, alcanza al 25% de la población, ¿es una enfermedad? O bien se trata de la generalización de la llamada psiquiatría cosmética.

Los goces sin el Otro

Lo que caracteriza al sujeto contemporáneo es el divorcio del Ideal. Se puede prescindir del Ideal y de las personas, se puede prescindir del Otro y entrar en una relación directa con el objeto (como ocurre en las drogodependencias). Por eso se puede hablar del triunfo de la ética cínica. Se trata del ocaso de la sublimación y de la posibilidad de obtener, en soledad, un goce directo.

Hagamos algo de historia. La sociedad victoriana, basada en el peso de los ideales, llevaba adelante una lucha encarnizada contra las prácticas

masturbatorias. La masturbación es la actividad cínica por excelencia (recordemos a Diógenes) porque permite un goce aislado del Otro. Estamos en la época de los goces que prescinden del Otro y que borran, diluyen, las diferencias sexuales. Frente al objeto sólo existen consumidores. El objeto tapa la boca, por eso los nuevos síntomas son mudos, y los goces solitarios proliferan. Jacques Lacan definía la masturbación como el goce del idiota, porque es el goce del uno mismo.

La clave del choque de civilizaciones

Si la movilización general es hacia el consumo, el sueño ya no es de liberación sino de satisfacción individual. Por eso todo adquiere un estilo adictivo en nuestra civilización. Lo que podemos ver en las adicciones, en la búsqueda de satisfacción en las sustancias y en los objetos tecnológicos, es el intento de suplir la imposibilidad de satisfacción plena que es consustancial al ser humano. El sujeto actual demanda al mercado, a la ciencia y a los poderes públicos que cumplan su promesa de felicidad. Sin embargo la administración que hace la sociedad tecnológica actual, producto del matrimonio entre el capitalismo y la ciencia, de los objetos de satisfacción y de los remedios al malestar, ha instalado en la civilización la angustia y la depresión generalizada.

No podemos olvidar que la propuesta del capitalismo es la de que hay objetos para la satisfacción. Ese es el fantasma del capitalismo: hay objeto, en el régimen del tener. Pero, en ese registro, todos los objetos son perecederos y generadores de insatisfacción. La respuesta del capitalismo es la novedad, la novedad misma como objeto de goce, ante la caducidad crecientemente acelerada de los objetos que propone para la satisfacción. Este es el marco en el que se inscribe el auge de las alternativas biológicas para el tratamiento del malestar, mediante el recurso exclusivo a la psicofarmacología.

La clave del choque de civilizaciones, tal como ha puesto de relieve Jacques-Alain Miller, es la oposición, la incompatibilidad, de la civilización religiosa (dominada por el Ideal) y la civilización mercantil del empuje al goce. La civilización mercantil, la nuestra, estigmatiza a la religiosa como fanática y la religiosa a la mercantil como perversa y degradada. Solo sale de esta contradicción, en la actualidad, China. La China de hoy en día, dominada a la vez por un control autoritario y la desinhibición del consumo, por eso China es la potencia emergente.

Hedonismo y pulsión de muerte

El hedonismo es la otra cara de la pulsión de muerte, porque es la vertiente del empuje al goce más allá del principio del placer. El límite del

hedonismo es la muerte misma (como en las carreras ilegales de automóviles, o en el abuso del alcohol que conduce a un coma etílico). Las drogas, y las adicciones en general, suponen el fracaso del principio del placer. El principio del placer incluye el límite, busca la homeostasis, para que el placer pueda ser duradero. El hedonismo empuja a ir más allá del límite, más allá del principio del placer. Ese más allá Lacan lo denominó goce. El placer es beber un vaso de vino, el goce es beber toda la botella.

En la época del hedonismo individualista, los lazos sociales se tornan precarios porque no puede construirse un vínculo social consistente sin cesión de goce. El único valor que no se cuestiona es el consumo, por eso somos una sociedad globalmente adictiva.

Del ciudadano al consumidor. Los derechos fundamentales lo son en tanto consumidores.

El mercado siempre fue el lugar central de una comunidad. Incluso físicamente, por eso en cualquier pueblo la plaza central solía ser la plaza del mercado. Pero hoy el mercado es un imperativo, que se hace idéntico al empuje al consumo, y está deslocalizado. El ciudadano ha dejado su lugar al consumidor, por eso los derechos del ciudadano han cedido su protagonismo a los derechos del consumidor. El éxito del término mileurista se deriva de esta lógica, porque apunta a la limitación del derecho al consumo.

Esto contamina todos los ámbitos, incluido el sanitario, donde el paciente, en el lenguaje de los gestores, ha pasado a denominarse cliente. Las consecuencias de esta dinámica alcanzan el ámbito del saber. La sabiduría ha dejado de ser un ideal, porque sólo tiene valor el saber operativo, el saber del funcionamiento, en muchas ocasiones absolutamente limitado y empobrecedor. Vivimos la edad de oro de los protocolos. Los manuales de instrucciones han llegado a la clínica.

Lo único subversivo, en la actualidad, es el anticonsumo

Si el estado actual de la civilización se caracteriza por el individualismo y el hedonismo conformista, y los discursos revolucionarios clásicos han caído, pareciera que el único planteamiento subversivo, en la actualidad, fuera el anticonsumista. Frente al exceso del consumo, la respuesta anoréxica. Esto alcanza también el ámbito sexual. En la época de la permisividad sexual casi absoluta, cuyo único límite es la pederastia, la única trasgresión posible sería la antisexualidad como alternativa anticonsumista. Tal vez la lógica del exceso puede conducir a algunos a la anorexia sexual. Ya existe un movimiento organizado, a nivel

internacional, de los ateos del sexo. No es descartable que pronto podamos asistir a la celebración del día del orgullo antisexual.

Horizontalidad, modos de goce, fenómenos de frontera y segregación.

El sujeto actual se organiza horizontalmente, no hay jerarquía. La democracia electrónica llega a todo. A Eurovisión, pero también a los diarios (mediante la puntuación de los artículos periodísticos en Internet). Todo es evaluado.

La puesta en primer plano del modo de goce particular, lleva a la generalización de universos concentracionarios. En base al modo de goce, actualmente llamado estilo de vida, se produce la agrupación de los mismos con los mismos. Así se constituyen, por ejemplo, barrios de homosexuales. Cuanta más globalización, más fenómenos de frontera. Los barrios tienen fronteras, no pueden ser habitados por todos. En el mundo global, cada vez se pone más énfasis en la particularidad segregativa.

Todos estos fenómenos modifican el modo de inserción social que ya no se hace por identificación sino por el modo de goce. La lógica de los mercados globales produce efectos de segregación generalizados porque, si el ideal une, el goce separa. Por eso el futuro pasará cada vez más por los organismos de inserción. Si quiere triunfar monte una agencia de evaluación o de inserción.

Consecuencias para la clínica

Los cambios sociales modifican la clínica, actualmente caracterizada por las patologías del acto, no del pensamiento. Por eso las obsesiones han dejado su lugar a las impulsiones y a las adicciones. Los síntomas clásicos, derivados de la represión y del retorno de lo reprimido, han dejado su lugar a los síntomas sin conflicto, a los síntomas mudos que no hacen demanda.

El sueño actual no es la liberación de la represión, es la satisfacción. Por eso todo deviene adicción. El goce de los adolescentes se plantea como un derecho. Y conviene recordar que todos somos adolescentes, casi todos, porque ya apenas quedan hombres y mujeres mayores, independientemente de su edad. El goce, liberado de la culpa, no hace síntoma para el sujeto. Por eso la trasgresión ya no es necesaria y lo que viene a ese lugar es la búsqueda del límite que, con frecuencia, lo pone el cuerpo.

La época victoriana, la de Freud, era la época de la represión. La represión daba lugar a los síntomas clásicos. ¿Qué es un síntoma clásico? Un síntoma clásico es aquel que se desencadena como resultado del conflicto entre los ideales del sujeto y los goces imposibles de asumir y de admitir. La clínica clásica tiene su fundamento en la represión. Es una clínica que aún está vigente para algunos. Todavía hay gente que vive en

función de los ideales y de la tradición. Pero la sociedad actual es una sociedad caracterizada por el declive de la función de los ideales que han perdido su capacidad coercitiva. Esto da lugar a una nueva clínica y a que las expresiones psicopatológicas varíen en base a dos cuestiones fundamentales: el vaciamiento del lugar de los ideales y los fenómenos ligados a la globalización.

El malestar en la cultura (Freud, 1929) es la consecuencia de que la civilización se edifica sobre la renuncia a lo pulsional. La renuncia a lo pulsional obliga a la sublimación, por eso la represión está siempre ligada al origen de la cultura. Pero la represión nunca es totalmente exitosa y da lugar a la clínica del retorno de lo reprimido como síntoma. Los síntomas clásicos se desencadenan por el retorno de aquello que, de lo pulsional, se resiste a someterse al ideal y a la cultura. La cultura de la que hablamos es la de los grandes relatos, la de los grandes nombres del padre, la de la alienación a un sistema coherente de creencias. Ese lugar hoy está cada vez más vacío. Ya no hay grandes relatos y los ideales dejan su lugar al goce sin represión.

Una forma de disolución del ideal es situarlo en la paradoja, como hacía Pekka-Eric Auvinen, el asesino múltiple finlandés, que se definía como un humanista antihumano y como un ateo endiosado. En este sentido, citaré a Jacques-Alain Miller cuando afirma que “En materia de híbridos, no hemos visto nada aún. Los híbridos van a crecer y multiplicarse: homosexuales autoritarios, feministas católicas, judíos belicistas, musulmanes volterianos, racistas libertarios, nietzscheanos populistas, sindicalistas derridianos, orleanistas energúmenos, leninistas reaccionarios, trotsko-capitalistas, comunistas preciosos, izquierdistas anti-izquierda, antimundialistas de seguridad, verdes rosas, verdes rojos y de todos los colores del arco iris, húsares demócrata cristianos, humanistas neocelinianos, estetas comprometidos, *i tutti quanti*. Los matices llegarán al infinito...”

El ideal se anula por su pluralización ilimitada y porque entra en el registro de la paradoja posible. Si toda identificación es posible, no hay identificación. Esta nueva forma de ideal está al servicio de adaptarse al goce particular. Al permitir la paradoja, cortocircuita el conflicto. Por eso, con el final del siglo XX, la problemática de la represión deja de ser central y las patologías que dominan la escena no son ya las patologías neuróticas producidas por la represión de la libido, son patologías de la impulsividad producidas por el *Just do it* (“Simplemente hazlo”), como nos recomienda Nike, o *Impossible is nothing* (“Nada es imposible”), como afirma Addidas. Esta lógica hace variar la relación del sujeto con el objeto. El sujeto queda subordinado al objeto, seducido por el objeto de satisfacción siempre posible.

La patología predominante no deriva ya de la represión y su retorno, sino de la pulsión de dar a ver. Freud, en *El malestar en la cultura*, situaba la ocultación (represión) a la base de la psicopatología neurótica. Actualmente, más bien el malestar en la cultura se produce por el hecho de que todo debe mostrarse (la paliza, el acto sexual íntimo gravado con el móvil, las carreras ilegales, o las torturas a los presos de Abu Graib).

La actuación continua, la descarga sin represión, nos permite entender las psicopatologías emergentes en la infancia como el déficit de atención y la hiperactividad. La inhibición es uno de los modos de evitar la angustia, de defenderse de la angustia. La inhibición es del yo, es la falta de acción, es el detenerse. Por eso la inhibición está asociada a la depresión. Las dos formas habituales de evitar la angustia son la inhibición y la descarga motriz. Si hay una dificultad de tratar simbólicamente aquello que, de lo contrario, se expresa como angustia, entonces o bien tenemos la inhibición-depresión, o bien tenemos las patologías del acto, por la vía de actuar para no pensar. El pasaje al acto como modo de evitar la angustia.

Esto explica la asociación del déficit de atención (rechazo del pensamiento) y la hiperactividad (pasaje al acto a través de la motricidad desbordante) en los niños. Si el déficit de atención y la hiperactividad están articulados es porque el rechazo del pensamiento, del lenguaje y de la palabra, conduce a que la motricidad se desborde porque carece de sujeción simbólica. No es que se haya modificado la neuroquímica cerebral en los últimos 20 años, es que el déficit de la palabra condena a muchos niños a la hiperactividad.

Para concluir. El triunfo del “Simplemente hazlo”

Si el super-yo freudiano exigía la renuncia y la contención, el super-yo actual sitúa el impulso a gozar como un imperativo social. La satisfacción ha pasado a ser un deber. Por eso las formas sintomáticas del malestar en la cultura hoy tienen que ver con las prácticas de goce: perversiones, violencia, toxicomanías, bulimias, obesidad, alcoholismo o bien patologías ligadas al narcisismo.

No son patologías del menos de goce que introducía la represión, son patologías del *Just do it*, del “Simplemente hazlo”. Todo esto sin culpa porque la culpa se liga al Ideal y a la deuda simbólica. Es el triunfo del acto, del tonto y loco acto, que sólo encuentra el límite en lo real. Igualmente observamos –al menos los psicoanalistas– un auge de lo que denominamos psicosis ordinarias (sin síntomas productivos claros) derivados de la precariedad simbólica.

Esto introduce un estilo maníaco en la civilización. En lugares del mundo donde la caída, o el declive, de los sistemas del pasado y tradicionales ha dado lugar a la entrada en el universo global, se producen

fenómenos curiosos. Por ejemplo, en los programas de radio y televisión de la antigua Unión Soviética la emisión (medida en sílabas por segundo) casi se ha doblado desde la caída del comunismo (pasando de 3 a 6 sílabas por segundo). A mayor logorrea, menos peso de la palabra y del discurso. Se trata de un decir vacío. Ese lugar vacío es colonizado por los objetos de consumo. Por eso nuestra sociedad es, cada vez más, la sociedad de la adicción generalizada.